

LA REVANCHA

POR EVELINE LE MAIRE

— Adelante!

Abrióse la puerta y la tímida y rubia dactilógrafa avanzó casi de puntillas. Pablo Grímez levantó la cabeza, tomó las copias, las ojeó rápidamente, refunfuñó algunas observaciones y, con un gesto, despidió a la atemorizada joven. Al salir del escritorio, la dactilógrafa sonrió al secretario que la miraba desde su mesita colocada junto a la ventana.

Pablo Grímez sorprendió la mirada y la sonrisa. Dando un puñetazo en la mesa, dijo rudamente:

— No quiero intrigas en mi despacho! Aquí se viene a trabajar!

— Qué intrigas, señor? — preguntó Rogelio Dupin, el secretario.

— Y todavía me lo pregunta? Usted cree que soy ciego? Sepa que no estoy dispuesto a tolerar esas cosas!

— Permítame, señor... Creo que no se me puede negar el derecho de mirar a las personas que entran en el escritorio.

— Me parece que trabajo...

— Basta! Ni una palabra más!

Un segundo puñetazo asestado a la mesa desparramó una pila de papeles. Grímez no se agachó a recogerlos. Rogelio tampoco. Durante algunos minutos no se oyó en el despacho otro rumor que el rasguo de una pluma.

Tras las ventanas, el día era hermosísimo: suave cielo de estampa japonesa, techos bañados de sol, brisas de primavera. En el escritorio, atmósfera cargada de humo, sensación de ahogo y de fastidio. Rogelio olvidó por un momento los biblioratos, las fichas, los resúmenes, para contemplar a través de los vidrios la belleza del día. Una voz irritada lo arrancó bien pronto de su contemplación:

— Y a eso llama usted trabajar?

— Pero señor...

— No hay pero que valga!... ¿Ha terminado los resúmenes de marzo? ¿Revisó las cuentas de la tercera oficina? ¿No olvide que somos responsables de todos los errores que allí se cometen! ¿Clasificó las fichas de la letra B?

— Todo eso no puede hacerse en un día...

— Bueno, no discutamos. Pero le advierto que no podemos continuar en esta forma. O usted trabaja, o yo tomaré mis medidas.

Y otra vez el rasguo de la pluma.

Rogelio, lápiz en mano, siguió verificando sumas. Creía vivir de nuevo los terri-

bles días de la escuela. Sin interrumpir sus cálculos, observaba de reojo a Pablo Grímez. Aquel hombre no sonreía nunca. Era la encarnación del malhumor y del descontento. Sólo a su parentesco con el dueño de la empresa (Durand y Cia. Materiales de Construcción) había podido llegar a jefe de sección. Desprovisto de dotes intelectuales, disimulaba su incapacidad mostrándose autoritario y tiránico con los empleados a sus órdenes y especialmente con su joven secretario. Rogelio, por suerte, no tomaba muy en serio las reconveniones de su jefe.

A las cinco, Grímez salió del despacho. Dupin aprovechó esa circunstancia para suspender sus cálculos y seguir mirando el cielo de primavera hasta el momento en que la puerta del vestíbulo, empujada por una mano nerviosa, anunció el regreso del jefe.

Grímez recogió los papeles dispersos y, después de comprobar que Rogelio no lo observaba, colocó un periódico sobre su secante, entre las cajas y los ficheros, al abrigo de toda mirada indiscreta. Dupin, que conocía la maniobra, se mordió los labios para no reír.

Realmente, el jefe era demasiado ingenuo si suponía que su secretario ignoraba el significado de aquella salida repetida todos los días a la misma hora. Rogelio sabía que el periódico leído con tanto entusiasmo por Grímez era "El Hipódromo", hoja donde se informaba meticulosamente a los carreristas de cuanto tuviese alguna relación con la vida del turf.

Llamaron a la puerta. Un cadete entró a anunciar:

— El director desea hablar con usted, señor Grímez.

El jefe dobló el periódico, lo guardó en una gaveta del escritorio y salió de la habitación. Rogelio encendió un cigarrillo, sonrió, y se dijo: "¡Qué hombre insoponible, este Grímez! ¡Ojalá lo nombrasen jefe de otra sección. Ya me estoy cansando. Si no fuese por el sueldo!..."

Y un cuarto de hora más tarde Grímez reapareció en el despacho. Bastaba verlo para comprender que el director de la empresa no le había hablado de nada agradable. Y cuando el jefe hubo pronunciado las primeras palabras, Rogelio Dupin se enteró, no sin alegría, de que acababa de producirse una catástrofe.

— ¿Qué ha hecho usted, bárbaro? — bramaba Grímez—. ¡Ya decía yo que con un secretario así mi despacho no podía mar-

char bien! Dígame: ¿esta semana no telefonaron de la casa Belmont?

— No, señor — contestó Rogelio, un tanto cohibido.

— Ah, no? — Y Grímez tuvo una sonrisa terrible—. ¡Pues sepa que sí, que han telefonado, señor!

— Yo no atendí la comunicación por lo menos.

— ¡Precisamente! ¡Nadie contestó al llamado!... El director, extrañándose de que la casa Belmont no hiciese ningún pedido fué personalmente a averiguar el motivo. ¿Y sabe que le dijeron? Le dijeron que, como nadie había atendido al llamado telefónico, aceptaron el ofrecimiento de otro proveedor que los visitó ese mismo día!... ¡Un negocio de ciento cincuenta mil francos perdido por su culpa, señor!...

— No entiendo — replicó Rogelio—. Si hubiesen telefonado...

— ¡Es que usted no se hallaría en su puesto!

— Nunca abandono mi puesto, señor. Pero aun suponiendo que yo hubiese salido, la comunicación pudo ser atendida por usted.

— ¡Yo tengo derecho a abandonar el despacho cuando algún asunto me lo exige! Para eso tengo secretario! ¡Para que me ayude y me reemplace!... ¡Usted es, pues, el único responsable de lo que acaba de suceder!... Así se lo he dicho al director.

Rogelio, convencido de no haber abandonado su puesto un solo instante, no atinaba a explicarse lo sucedido. Pero, recordando su calma, si bien el tono de su jefe lo exasperaba, requirió mayores detalles.

— ¡Fué el viernes, señor! — aclaró Grímez, vociferando—. ¡El viernes por la tarde!

Entonces el rostro del secretario se iluminó con una sonrisa:

— El viernes de la semana pasada?... Ese día, si usted recuerda, yo falté a la oficina, con permiso especial del señor director. Mi responsabilidad queda salvada...

— ¡Salvada? — gritó el jefe livido—. ¿Es decir que...?

— El asunto es clarísimo — explicó Rogelio—. La casa Belmont debió telefonar a las cinco, mientras usted fué a comprar "El Hipódromo"...

— ¡Silencio!... ¿Cómo se atreve usted...? ¿Eso es una calumnia!

— Eso es la pura verdad!

— Basta!... ¡Miserable!... ¡Desvergonzado!

Grímez no encontraba las palabras con que hubiera querido expresar toda su ira. Arrebatado, gesticulante, su exaltación contrastaba con la pasmosa sangre fría de Rogelio Dupin, que sacaba punta a un lápiz. Atortunadamente, en ese momento los timbres anunciaron la terminación del día de labor.

Dos minutos después, el joven secretario podía, libre de su encierro, admirar a sus anchas la belleza de la tarde.

Transcurrió una semana. Por fin, una tarde, Grímez dijo al secretario con toda naturalidad:

— A propósito, señor Dupin. Puede ir buscando otro empleo. Su reemplazante llega dentro de ocho días, a fin de mes.

— Mi reemplazante?

— Sí, su reemplazante. Creo que hablo con bastante claridad. A fin de mes dejará usted de pertenecer al personal de la casa. Ya sabe usted.

Rogelio apretó los dientes, miró a Grímez en los ojos y:

— Desearía que se me explicase... — articuló.

— No tengo por qué darle explicaciones, señor.

— Como le parezca.

Rogelio apretó los dientes y miró a Grímez en los ojos y:

— ¡Arrojame al señor Durand! — pidió al cadete.

— El señor Durand se embarcó esta mañana.

— ¿Se embarcó?... —

— Sí. Va a Londres, por tres meses.

— ¡Anúnciame al subdirector entonces!

— Está enfermo. No vendrá hasta que se restablezca por completo.

Rogelio comprendió. Pablo Grímez que daba al frente de la casa. No había a quien apelar. Era preciso resignarse.

(Concluirá.)



**TOS
CATARROS
BRONQUITIS**

**Solución
Pautauberge**

SEÑORAS: El flujo y las enfermedades de la mujer.

Se curan con **Dr VALLEY**

Las Irrigaciones del

Usadlas por higiene y para evitar contagios



60 céntimos caja pequeña
Caja grande 2.10 pesetas
Nueva caja UNA peseta

Cuide su garganta a diario — gargarice usted en seco con las deliciosas Gaba!

jillááá... gargarice usted en seco...

gargarizar vaya un fastidio! Y tanto, que a pesar de los consejos del médico no se decide uno a ello. Qué hacer entonces ? Pues gargarice usted en seco con las Gaba. Obtendrá el mismo efecto sin ninguna molestia; al contrario, casi con placer. Son tan deliciosas y aromatizadas!

El bien que reportan a su garganta jamás es en perjuicio de su estómago, pues se componen exclusivamente de productos naturales. Tome usted tantas como quiera.

Gaba

